

EN EL
ALBUM DE LAURA.

DETIENE al pasagero en su camino
Una sencilla flor, ó en la espesura
Del ruiseñor el canto peregrino.
Si en estos tristes versos por ventura
Fijas, ¡oh Laura! tu mirar divino,
Dedique á mi memoria tu ternura,
Blando un suspiro de tus labios rojos
Y una lágrima pura de tus ojos.

Agosto 28 de 1850.—LUIS G. ORTIZ.

EL IMPÍO.



AY algunos hombres que no aman
á Dios ni le temen: huidles, por-
que despiden un olor de maldi-
cion.

Huid del impío porque su aliento mata; pero
no le aborrezcais, porque ¿quién sabe si ya Dios
no ha cambiado su corazon?

El hombre que, aun de buena fé dice: Yo no
creo, se equivoca con frecuencia. Hay por el

contrario en el fondo del alma una raíz de fé que no se seca nunca.

La palabra que niega á Dios quema los lábios por donde pasa; y la boca que se abre para blasfemar, es un respiradero del infierno.

El impío está solo en el universo. Todas las criaturas alaban á Dios, todo lo que siente le bendice, todo lo que piensa le adora: el astro del día y los de la noche le cantan en su lengua misteriosa.

El ha escrito en el firmamento su nombre tres veces santo.

¡Gloria á Dios en las alturas de los cielos!

El lo ha escrito tambien en el corazon del hombre, y el hombre bueno lo conserva con amor; pero otros tratan de borrarlo.

¡Paz en la tierra á los hombres de buena voluntad!

Su sueño es dulce y su muerte es aun mas dulce, porque ellos saben que vuelven hácia su Padre.

Así como el pobre labrador deja los campos á la caída de la tarde, se dirige á su choza, y sentado á su puerta olvida sus fatigas mirando el cielo; así, al anochecer, el hombre de esperanza se dirige con alegría hácia la casa paterna, y sentado en sus umbrales, olvida los trabajos del destierro en las visiones de la eternidad.

(Traducido del frances.)

LA MENNAIS.



A A M

LA ví, con roja cinta
Prendido su cabello,
Y un manto azul al cuello,
Bordado con primor.

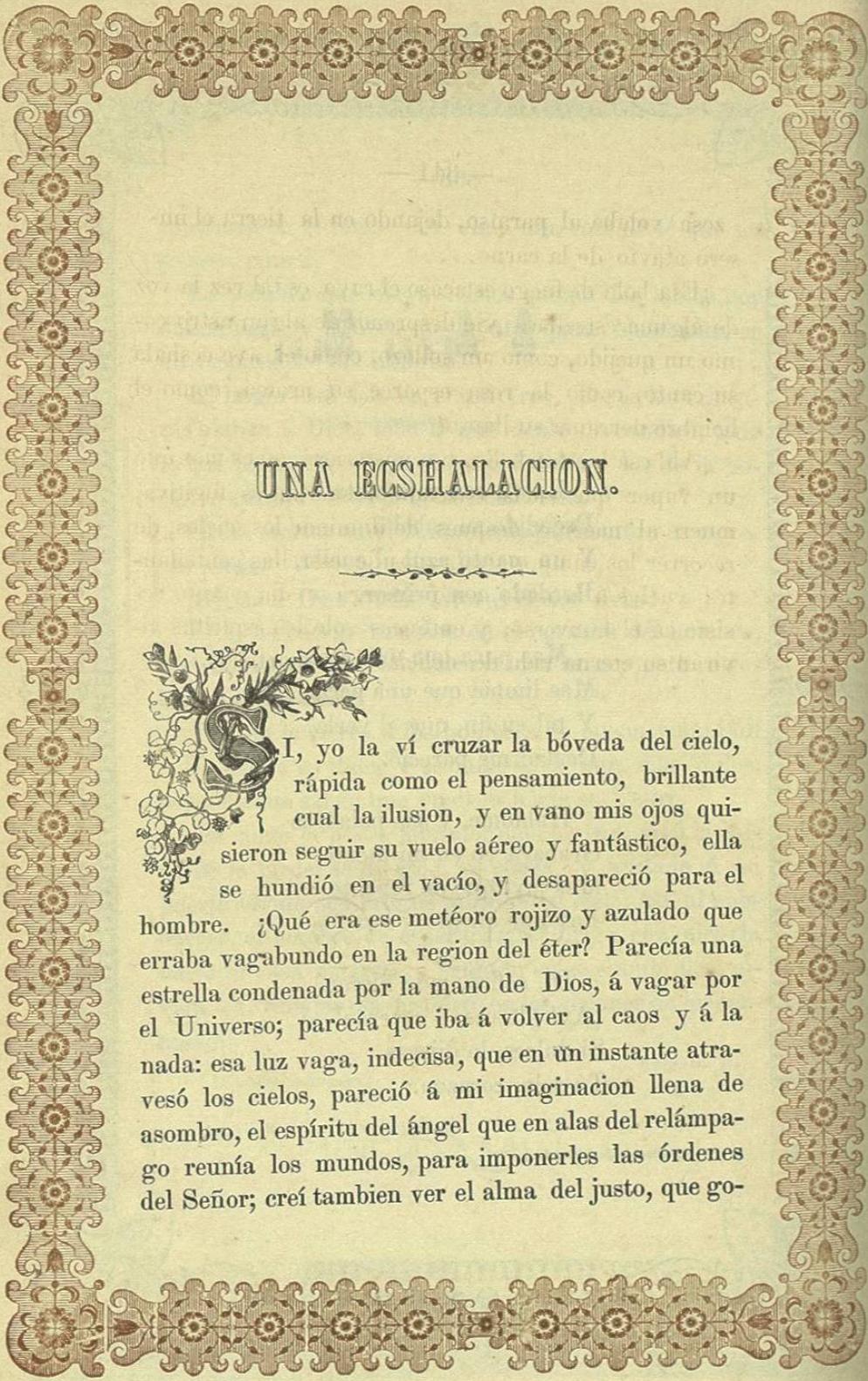
Mas pura que una rosa,
Mas limpia que una perla,
Y tal en fin, que al verla,
Deidad me pareció.

Hablóme, y sus palabras
Grabara yo en mi mente;
Mas ¡ay! que de repente
Faltóme aliento y voz.

Dí, céfiro, ¿qué fueron?
¡Ay! ¡dulces, ó severas?
Si dulces, lo dijeras
Tú solo, corazon.

ALEJANDRO ARANGO Y ESCANDON.

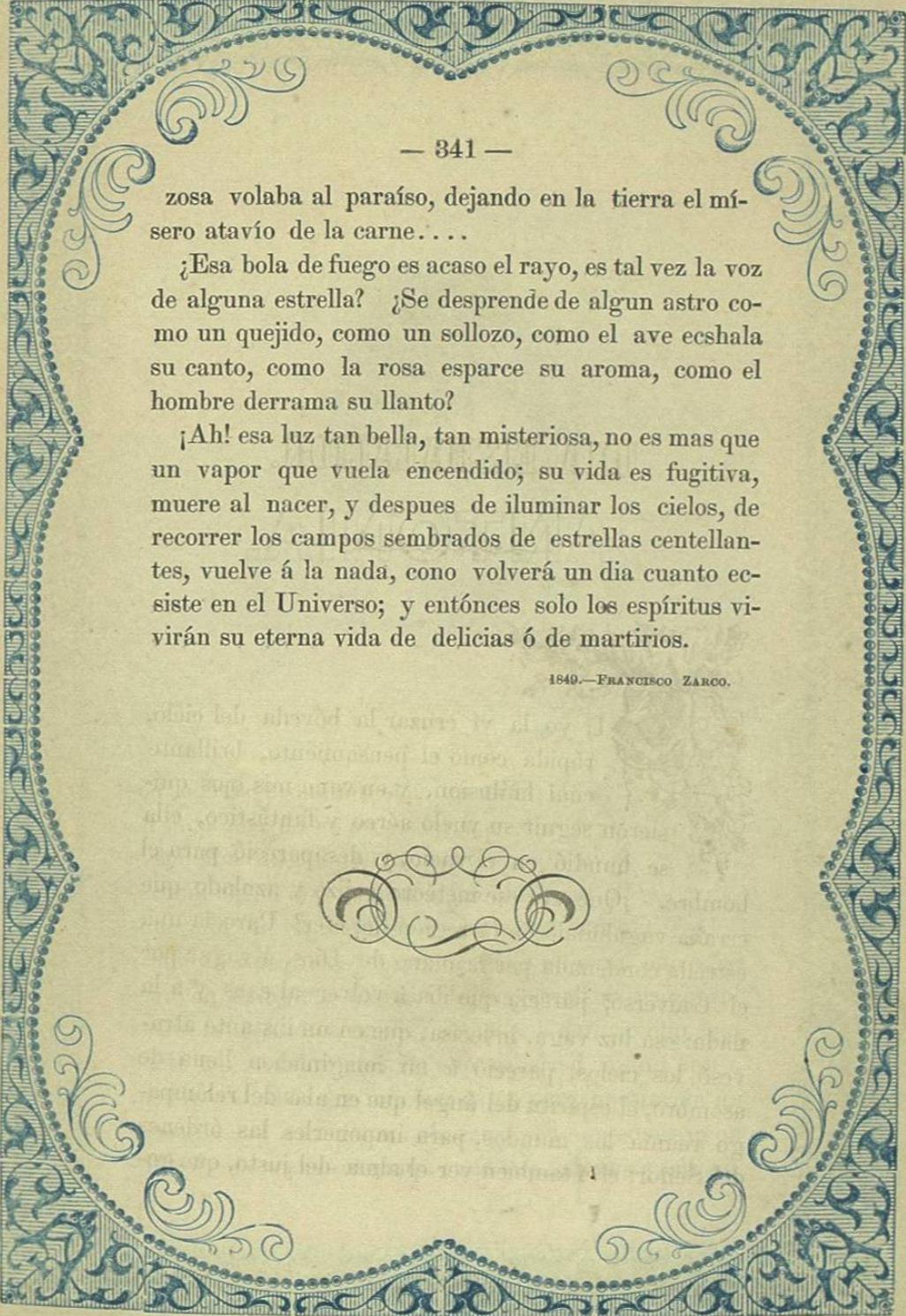
(Traducido de Vittorelli.)



UNA ECSHALACION.



I, yo la ví cruzar la bóveda del cielo, rápida como el pensamiento, brillante cual la ilusion, y en vano mis ojos quisieron seguir su vuelo aéreo y fantástico, ella se hundió en el vacío, y desapareció para el hombre. ¿Qué era ese metéoro rojizo y azulado que erraba vagabundo en la region del éter? Parecía una estrella condenada por la mano de Dios, á vagar por el Universo; parecía que iba á volver al caos y á la nada: esa luz vaga, indecisa, que en un instante atravesó los cielos, pareció á mi imaginacion llena de asombro, el espíritu del ángel que en alas del relámpago reunía los mundos, para imponerles las órdenes del Señor; creí tambien ver el alma del justo, que go-



zosa volaba al paraíso, dejando en la tierra el mísero atavío de la carne. . . .

¿Esa bola de fuego es acaso el rayo, es tal vez la voz de alguna estrella? ¿Se desprende de algun astro como un quejido, como un sollozo, como el ave echala su canto, como la rosa esparce su aroma, como el hombre derrama su llanto?

¡Ah! esa luz tan bella, tan misteriosa, no es mas que un vapor que vuela encendido; su vida es fugitiva, muere al nacer, y despues de iluminar los cielos, de recorrer los campos sembrados de estrellas centellantes, vuelve á la nada, como volverá un dia cuanto existe en el Universo; y entónces solo los espíritus vivirán su eterna vida de delicias ó de martirios.